

CREATIVIDAD LITURGICA*

(Historia, reflexión, pautas)

En los últimos años las revistas han dedicado números monográficos al tema de la creatividad litúrgica¹. En la XXIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española se acordó la promoción de «la creatividad en las reformas que pueden ser necesas-

* Segunda parte —retocada y completada— de la ponencia *Aproximación teológico-pastoral a la oración litúrgica*, presentada en el Congreso sobre "Oración hoy" en Loyola (agosto 1976).

¹ Sobre el tema de la creatividad litúrgica, puede verse en la última literatura: La Maison-Dieu n.111 (1972) sobre todo: L. BOUYER, *L'improvisation liturgique dans l'Eglise ancienne*, 7-19; E. DEKKERS, *Créativité et orthodoxie dans la Lex Orandi* 20-30; P. MARTIN, *Créativité et problème pastoraux*, 132-150. La Maison-Dieu n.97 (1969) los artículos de Y. M. CONGAR, 34-57 (sobre todo, 53-57); A. NOCENT, 76-94; RIMAUD, 95-105; I. H. DALMAIS, 104-114. *Paroisse et Liturgie* 54/6 (1972), sobre todo: C. BERNARD, *Du bon usage des livres et des textes liturgiques*, 468-472; P. HOUIX, *Une liturgie personnalisée*, 483-496; F. DELECLOS, *Impératifs et limites de la créativité*, 497-503. *Ephemerides Liturgiae* 89/1 (1975), sobre todo: B. NEUNHEUSER, *Lebendige Liturgiefeste und schöpferische Freiheit des einzelnen Liturgen*, 40-53; A. M. TRIACCA, *Creatività eucologica motivazioni per una sua giustificazione teorica e linee pratiche metodologiche*, 100-118; A. PISTOLA, *La creatività liturgica nella riflessione post-conciliare. Rasegna bibliografica*, 119-157. *Rivista Liturgica* 63/1 (1976), sobre todo: A. CARIDEO *Adattamento e creatività* 7-21; A. M. TRIACCA, B. NEUNHEUSER, *Il libro liturgico a la celebrazione: ieri e oggi*, 57-76; E. COSTA, *Procedimenti e condizioni per un adattamento*, 77-80.

Además, pueden verse los siguientes artículos: A. NOCENT, *Nuove Preghiere eucaristiche? Panorama e problemi*: *Riv. Lit.* 60 (1973) 151-166; E. RUFFINI, *Creatività e fedeltà nella celebrazione eucaristica...*: *Ib.* 167-203; J. GELINEAU, *Une technique a retrouver: Le bon usage d'un modele dans les prières liturgiques*: La Maison-Dieu n.114 (1973) 85-96; D. MATHIEU, *Remarques sur l'anthropologie des prières liturgiques actuelles et à venir*: La Maison-Dieu n.112 (1972) 144-157; D. RIMAUD, *A propos des prières liturgiques actuelles et à venir*: La Maison-Dieu n.112 (1972) 158-168; Cl. DUCHESNAU, *Soucis de l'homme et prière de l'Eglise dans les messes pour diverses circonstances*: La Maison-Dieu n.103 (1970)

rias en la vida litúrgica, para que se hagan oportunamente, quitando ocasión de arbitrariedades»². Este apartado se encontraba dentro del tema de la comunión eclesial. En la praxis litúrgica se detecta un fenómeno no fácil de catalogar, que se mueve entre la anarquía, la desorientación y la creatividad. Se discute la realización de valores fundamentales de la acción litúrgica (¿o en el fondo se discute la misma *actividad* simbólica en cuanto pone en trance simbólico a sacerdotes y fieles?). Se discute la imagen de Dios de los formularios litúrgicos (¿o en el fondo se discute la transcendencia propia de la acción litúrgica?). De esas discusiones emerge la inquietud (¿sana o enfermiza?) de una liturgia más adaptada a la situación actual. Y de esa inquietud deriva el fenómeno que globalmente se ha designado con el nombre de creatividad litúrgica.

La palabra «creatividad» ha hecho fortuna. Pertenece al léxico de la pedagogía, la psicología, la urbanística, la economía, la política... y también de la liturgia de la Iglesia. Fascina a muchos. El que parece oponerse a la creatividad es tachado de retrógrado, de enemigo de la expresión auténtica del hombre³. Por el reclamo del fenómeno, hay que situarse ante él con libertad de espíritu, para no dejarse arrastrar por la corriente. Sin embargo, no dejarse llevar por la corriente no significa quedarse anclado en el fixismo de las antiguas formas litúrgicas.

Se proponen tres formas de inventiva oracional litúrgica: la improvisación, la adaptación y la creación propiamente dicha. Estas

46-60; véase el artículo de A. DUMAS, *Pour mieux comprendre les textes liturgiques du Missel Romain*, *Notitiae* 6 (1970) 194-215; *Una rilettura critica* dell' *Ordo Missae*; *Notitiae* 12 (1976) 182-188; J. DAoust, *Création et renouveau en Liturgie*; *Esprit et Vie* 82 (1972) 274-276; J. M. MANZANARES, *De obedientia et charisma in re liturgica*; *Periodica de re morali et liturgica* 60 (1971) 549-572; B. NEUNHEUSER, *Pluralismo e uniformità nella liturgia della Chiesa locale*; *Riv. Lit.* 59 (1972) 71-92; A. M. TRIACCA, *"Improvisazione" o "Fissismo" Eucologico*; *Salesianum* 32 (1970) 149-164; J. LENGELING, *Traditio und Fortschritt in der Liturgie*; *Liturgisches Jahrbuch* 25 (1975) 201-213; J. SKOGLUND, *Das Freie Gebet*; *Liturgisches Jahrbuch* 24 (1974) 110-126; A. KIRCHGÄSSNER, *Der Mensch im Gottesdienst*; *Liturgisches Jahrbuch* 15 (1965) 229-238; J. A. ABAD, *Análisis y valoración de un fenómeno: el anarquismo en Liturgia*. *Valoración*; *Burgense* 14/1 (1973) 233s.; J. PETERS, *La pluriformidad de la oración única*; *Concilium* n.52 (1970) 186-196; M. MIDALI, *La tradizione liturgica alla quarta sessione del Concilio di Trento*; *Ephem. Lit.* 87 (1973) 526-531; G. FONTAINE, *Creativité dans la Liturgie d'aujourd'hui*; *Notitiae* 8 (1972) 150-156; J. URDEIX, *Liturgia y creatividad*; *Phase* 13 (1973) 315-328; B. BOTTE, *La libre composition des prières liturgiques*; *Quaestiones Liturgiques* 55 (1971) 211-215; 56 (1972) 60.

² Cf. *Ecclesia* 36 (1976) 31 (343).

³ Cf. MARIE DU SAINT-ESPRIT, *La créativité liturgique à travers quelques revues*; *La Maison-Dieu* n.114 (1973) 97-109; P. MARTIN, a.c. 132-150.

formas se incluyen en no pocas ocasiones, pero se suelen distinguir también por su rasgo más saliente. La improvisación es invención repentina en el mismo acto litúrgico (podrá ser adaptación o creación). La adaptación acomoda a las circunstancias los textos y acciones ya existentes (podrá ser o no improvisada y más o menos creativa). La creación, propiamente tal, es invención de nuevo cuño. Las tres formas se comprenden bajo el sugestivo título de creatividad litúrgica. Quizá, se regala el título con demasiada facilidad.

Se suele afirmar que al período de las traducciones litúrgicas, que ahora termina, debe suceder el de la creatividad oracional, improvisada o no.

Examinando las razones en pro y en contra de la inventiva litúrgica, no será fácil llegar a conclusiones convincentes y aceptadas. Hay muchas cargas afectivas, en pro y en contra de lo que se juzga un régimen de libertad y evolución, —bajo el signo de la creatividad grupal o individual— o un régimen de imposición y fixismo —bajo el signo de la autoridad competente.

La recogida de datos, que ofrece la historia en este punto, puede contrabalancear prejuicios innatos en pro o en contra de la inventiva o de la estabilidad. La historia ofrece hechos de vida que cuestionan posiciones defendidos acaloradamente. ¡Contra facta non valent argumenta! Recojamos los datos de la historia de la liturgia en torno a la inventiva y la estabilidad, la libertad y la norma, con sus consecuencias de pluralismo y unidad o uniformidad.

Se prestará una mayor atención a los períodos más ricos en el tema estudiado (Antigüedad, Edad Media). Del presente se fijarán solamente los rasgos más destacados, sin entrar en ulteriores determinaciones. La falta de distancia priva de la perspectiva adecuada para abordar el presente en su totalidad. Sobre los datos ciertos del presente se proyectará la reflexión surgida del pasado.

No se trata en este artículo de la creatividad que compete a la Congregación para los Sacramentos y el Culto, a las Conferencias Episcopales y a las Iglesias locales. Se limita el horizonte a la creatividad de sacerdotes y fieles, sobre todo a los primeros, máximos responsables de la vida litúrgica de la Iglesia. Las conclusiones y su espíritu se creen válidas para hoy, para un futuro inmediato, con los normales ajustes de que son perceptibles, y para unas y otras comunidades y formas de celebración a propia escala.

Desde los comienzos hasta el siglo VIII. El documento más completo, dentro de su concisión, de los primeros siglos, en el tema

que tratamos, parece ser la *Traditio Apostólica* de Hipólito. Un buen conocedor de los usos de Oriente y Roma recoge aquellos que piensa pertenecen a la Tradición⁴. Este documento creemos que sintetiza el estilo de los primeros siglos, hasta el IV.

Después de presentar una plegaria eucarística modelo y detallar hasta las breves intervenciones del pueblo, igual que cualquier libro litúrgico de nuestros días, añade Hipólito:

«De ninguna forma es necesario que (el Obispo) pronuncie las mismas palabras, como esforzándose en decir de memoria la acción de gracias, sino que cada cual ore según su posibilidad»⁵.

Esa posibilidad atañe a la longitud y a la forma literaria de la bendición⁶ Hipólito señala en la plegaria ofrecida como modelo los contenidos, la estructura y la formulación. Parece dar por supuesta la fidelidad a los contenidos y a la estructura, y deja en libertad la formulación: «De ninguna forma es necesario que pronuncie las mismas palabras».

Para comprender el sentido de esta expresión hay que tener en cuenta el modo judío y cristiano de recitar las oraciones comunes y su razón de ser.

Las oraciones de la sinagoga y de la mesa se transmitían en buena parte de padres a hijos. Se repetían los contenidos, su encajamiento y un número de expresiones claves, en las que se reconocían las transiciones. Estas «fórmulas» formaban las constantes de las oraciones. Más aún, las distintas formas de expresarse desarrollaban y precisaban ciertos aspectos «*inspirándose siempre en los acentos bíblicos más puros. Esta familiaridad con la Palabra de Dios nos explica que, apesar de toda la libertad individual en el empleo de las fórmulas de oración, las variantes que registramos son relativamente mínimas*»⁷. Una cultura preva-

⁴ La *Traditio* es "el más antiguo reglamento eclesiástico que conocemos y ha ejercido una influencia considerable, directa o indirecta, en todas las liturgias" (cf. Introduticío de B. BOTTE a *La Tradition Apostolique de Saint Hippolyte* (LOF 39), Münster 1963, XVII).

⁵ *Traditio Apostolica* (LOF 39), (ed. BOTTE), Münster 1963, 28s. 149,365.

⁶ Cf. *ib.*

⁷ K. HRUBY, *L'Action de grâces dans la liturgie juive*, en *Eucharisties d'Orient et d'Occident* (Lex Orandi 46), Paris 1970, 42. Cf. también *Ib.* 51: "Siempre se trata de permanecer en un mismo vocabulario de inspiración bíblica, que vuelve una y otra vez en la boca de los fieles en ocasiones análogas... un vocabulario en parte idéntico..." Cf. *ib.* 27.36-41; *La "Birkat ha-mazon", La prière d'action de grâces a près le repas en Melange liturgiques offerts au R. P. Dom Bernard Botte O.S.B.*, Louvain

lentamente oral imponía este método para asegurar la continuidad y aun la repetición del pasado, en un medio ambiente fuertemente tradicionalista.

El «método» parece que se transmitió a las asambleas cristianas⁸. Por las oraciones de Clemente, Policarpo y el testimonio de Orígenes se sabe que las plegarias se formulaban dentro de un cuadro de ideas, estructura y, en buena parte, aun expresiones⁹. Como en el judaísmo, también en el cristianismo se valoraba decisivamente la Tradición, unida a una adhesión inquebrantable a la ortodoxia (dos aspectos de la misma realidad). Tradición y ortodoxia se aseguraban por el «método» indicado. La obra de Hipólito, *Traditio*, pretendía asegurar la transmisión de la Tradición en los usos de la Iglesia... «hemos logrado lo esencial de la tradición que conviene a las Iglesias, a fin de que los bien instruidos guarden la tradición, que ha llegado hasta el presente, siguiendo la exposición que les hacemos, y al tomar conocimiento de ella, se reafirma»¹⁰. Respecto a la ortodoxia, Hipólito se expresa con claridad, al concluir la norma que debe regir la libertad del orante: «De ninguna forma es necesario que pronuncie las mismas palabras... que cada cual ore según su posibilidad... *solamente que se conforme a una sana ortodoxia*»¹¹.

El inciso, «según su posibilidad», —una expresión semejante se encuentra en la primera descripción postapostólica de la Eucaristía, en S. Justino¹²— se prestaba obviamente a interpretaciones diversas.

Al concluir estas líneas sobre Hipólito quedan en claro que la «improvisación» de los primeros tiempos, según Hipólito y el medio cristiano, era más parecida a la adaptación que a la improvisación de hoy y que se ejercitaba en un ambiente de gran fidelidad a la tradición y a la ortodoxia.

1972, 209; B. FISCHER, *La prière ecclesiale et familiale dans le christianisme ancien: La Maison-Dieu* n.116 (1973) 41-58.

Véase L. BOUYER a.c. 7-13 y PISTOIA a.c. 148 con la recensión de A. Bouley, *The evolution of the Eucharistic Prayer from oral improvisation to written formulas* (pro manuscripto); GELINEAU a.c. 88-90.

⁸ Cf. los artículos citados en la nota anterior, más A. M. TRIACCA, «*Improvvisazione*» o «*Fissismo*» eucologico: *Salesianum* 32 (1970) 150s.

⁹ Cf. A. HAMMAN, *La Prière II. Les trois premiers siècles*, Tournai 1963, 85.140.322. Sobre Orígenes, cf. nota 13 del presente trabajo.

¹⁰ *Traditio Apostolica* (LOF 39), (ed. Botte), Münster 1963, 2-3.

¹¹ *Ib.* 28s.

¹² Cf. *Apol.* I, 67: *Padres Apostólicos* (BAC 116), (trad. R. Bueno), Madrid 1954, 258.

Del mismo siglo de Hipólito y de los posteriores se tienen datos de algunas malas consecuencias del modo de orar esbozado.

Orígenes hacía constar que las «determinaciones» eclesiásticas se debían respetar. De lo contrario, añadía, «se terminará por cuestionarlo todo». Ni el Obispo, ni el sacerdote, ni el diácono, ni el laico, pueden participar en la synaxis, si no atienden a las «determinaciones»¹³. El texto parece apuntar arbitrariedades litúrgicas respecto a las normas establecidas.

Concilios africanos de los siglos IV y V se vieron obligados a establecer medidas litúrgicas restrictivas. Se prohibió el uso de oraciones no aprobadas por los Concilios o, al menos, por los hermanos instruidos y prudentes «no sea que se componga algo contra la fe por ignorancia o a ciencia y conciencia»¹⁴. Esos hermanos más instruidos y prudentes eran, por lo general, obispos. Agustín confiesa que en las oraciones de bendición del agua bautismal, utilizadas por algunos sacerdotes, se encuentran afirmaciones «contra la fe católica»¹⁵. Y aquellos sacerdotes se apresuraban a utilizar bendiciones compuestas por «charlatanes imperitos» y aun herejes¹⁶. A los catecúmenos más instruidos se les debía prevenir para que no se rieran de los Obispos y ministros de la Iglesia, cuando oraban «con barbarismos y deficientes construcciones gramaticales» o cuando pronunciaban de forma que nadie les entendía¹⁷.

En el mismo siglo de Agustín, Inocencio I en respuesta a Decencio de Gubbio, se queja de que en materia litúrgica (cada uno (Obispo o sacerdote) estima se ha de hacer lo que le parece, no (lo consagrado) por la tradición». Y así —continúa— «se escandaliza a los pueblos... que piensan que las Iglesias no se entienden...»¹⁸. Inocencio afirma que el legado de la tradición litúrgica «debe ser guardado por todos sin introducir ni añadir nada...»¹⁹. El Papa se refería a signos sacramentales como la paz, el «fermentum», el ministro de la Confirmación, etc.

En el siglo siguiente, el Concilio de Gerona decidió la uniformidad litúrgica para toda la región tarraconense²⁰.

¹³ Las indicaciones del texto se hacen sobre la *Disputa con Heráclides* 4-5, según la lectura de E. DERKERS (cf. a.c.25). Cf. también SC 67,64. Puede verse también A. HAMMAN, *La Prière II*, Tournai 1966, 322.

¹⁴ *Cartaginense* III (a.397): CCL 149,39; *Milevitano* II (a.416): CCL 149,365.

¹⁵ *De Baptismo contra Donatistas* VI, 25,47: PL 43,213.

¹⁶ *Ib.* 214.

¹⁷ Cf. *De Catechizandis rudibus* IX, 13: PL 40,320.

¹⁸ Cf. *Epistola* XXV 1: PL 20,552.

¹⁹ Cf. *Epistola* XXV 2: PL 20,252.

²⁰ Cf. MANSI vol. VIII 549A.

En Alejandría (o/y en otras Iglesias visitadas por Orígenes), en Africa del Norte, en el ámbito de la Iglesia romana, en la región tarraconense, se detectan abusos litúrgicos serios en los siglos III al VI. Orígenes escribía con severidad, «se terminará por cuestionarlo todo». S. Agustín descubría expresiones «contra la fe católica» obra de «charlatanes imperitos» y aun herejes. Inocencio I codenaba a los que se comportaban en el altar según sus gustos y escandalizaban a los fieles. Parece cierto que la discreta libertad de los tres primeros siglos degeneró en abusos contra la fe y la comunión. Nos faltan datos para medir la extensión y la profundidad del mal, aunque parece ser grave. Tampoco tenemos datos para calcular los resultados beneficiosos del sistema seguido.

Por decisiones conciliares y otras causas, que luego se enumerarán, se fue pasando de la relativa libertad primera a una todavía mayor unidad. A partir del siglo IV se formaron las familias litúrgicas. Su formación parece obedecer, en parte, a los abusos señalados y, en parte, a una ley de vida. La preeminencia de las Iglesias-madres (Jerusalén, Antioquía, Roma...), que contaron con figuras relevantes de la patrística y una rica producción litúrgica, decidió la formación de las principales familias litúrgicas. Las grandes Iglesias marcaban la pauta en el culto y en otros órdenes a las Iglesias filiales, enclavadas en su área geográfica²¹. Por otra parte, también en la Iglesia se dio el paso de una cultura predominantemente oral, de origen judío, a otra predominantemente escrita, de origen greco-latino. Este hecho contribuyó a la baja de la «improvisación» antigua, vinculada a aquella primera cultura. Otras causas como intereses socio-políticos de unidad, la extensión del latín en una amplia zona de Occidente y el afianzamiento del primado romano, contribuyeron sin duda al movimiento hacia la unidad de formas litúrgicas.

Como conclusión puede afirmarse que se observa un movimiento de la relativa y malograda, al menos en parte, libertad de los tres primeros siglos a la unidad, mejor, a las unidades de las respectivas familias litúrgicas. Los atentados contra la fe y la comunión dentro del culto su cuentan entre las causas válidas de tal paso.

A lo largo de la Edad Media hasta el Concilio de Trento.—En el punto que estudiamos puede establecerse un paralelo entre el período anterior y éste, aun cuando los datos sean muy distintos.

²¹ Cf. B. NEUNHEUSER *Pluralismo e Uniformità nella Liturgia della Chiesa locale*: Riv. Lit. 59 (1972) 77-81.

Nos limitamos a Occidente. La historia litúrgica de Oriente es en este punto semejante. No afecta a nuestro estudio la distinción de períodos dentro del medioevo. Un período de compilación, hasta el XII inclusive —se copia y adapta la liturgia romana— y otro de fijación en los siglos sucesivos. En uno y otro período tienen lugar los fenómenos que apuntaremos, aunque se concretan en formas distintas.

Como en la antigüedad se partía de modelos litúrgicos repetidos, aunque no al pie de la letra, en la Edad Media se parte, sobre todo, de los modelos ofrecidos por la Iglesia de Roma, que se completan y adaptan por las Iglesias francas y germanas principalmente (no por cada Obispo o sacerdote). Los Sacramentarios romanos, los Ordines y el Pontifical recorrieron Europa.

El amor de la antigüedad a la tradición y a la ortodoxia se convirtió en fidelidad a la liturgia romana. Del Ordo XV son estas líneas:

«Una y otra vez advertimos, sobre todo, que el sacerdote debe ofrecer el sacrificio como se debe, de forma que agrade a Dios, según la santa institución de los Padres ortodoxos y de la santa y gloriosa sede del Apóstol S. Pedro, que lo haga conforme a esta costumbre (romana)... Quien no ofrece de esta forma, una vez que la ha conocido, no ofrece rectamente...»²².

Pero a semejanza del proceso de la antigüedad, también esta liturgia adaptada degeneró en formas abusivas. Por otra parte, no cabe duda que la liturgia romana salió enriquecida y perjudicada a la vez en sus contactos con otras Iglesias. No pocos de los usos de éstas pasaron a la liturgia romana, que perdió en sobriedad y ganó en brillantez en algunas ocasiones.

En este largo período, los abusos litúrgicos determinaron la reacción justificada de Trento hacia la unidad litúrgica. Había sacerdotes que celebraban «modo bárbarico» y a su gusto²³; se vivía en una situación litúrgica caótica por la multiplicidad de usos, de forma «que se perdía toda tradición litúrgica»²⁴. Al final del largo período medieval se pidió a León X un Misal y un Bre-

²² M. ANDRIEU, *Les Ordines Romani* III (SSL 24), Louvain 1961, 125. Al Ordo XIX pertenecen las siguientes líneas: "...no sea que teniendo la costumbre de buscar cosas peregrinas se enreden o dejen la fe. Buscan establecer su justicia aquellos que abandonan a la verdadera autoridad y siguen su voluntad, según su deseo" Ib.225.

²³ Cf. M. ANDRIEU, o.c. III, 125.

²⁴ Cf. M. ANDRIEU, o.c. II, p. XLVIII.

viario para liberar a Occidente del caos de la multiplicidad de formas litúrgicas.

Trento se vió obligado a promulgar un Decreto doctrinal y otro disciplinar sobre la Misa. Entre los abusos presentados al Concilio se contaban; prefacios apócrifos; adiciones de los celebrantes a las palabras y ritos litúrgicos²⁵; preterición del Año litúrgico por las innumerables Misas votivas elegidas por los celebrantes²⁶; inspiración servil del canto religioso en el profano, hasta tal punto que algunas Misas llevaban el nombre del canto profano que les dio origen («Adiós, amor, «Bésame», «El hombre armado»²⁷). No entremos en el campo de las supersticiones. Baste aludir también al desconcierto creado por los Reformadores, por ejemplo, al propagar algunos de ellos la inutilidad del Bautismo de los niños y todos la negación del sentido sacrificial de la Eucaristía y de la permanencia de Cristo en el Sacramento, la abolición del Canon romano por sus errores y herejías, la condena del culto a los Santos, de las Misas celebradas con ocasión de sus fiestas, etc.^{27a}.

Para salir al paso de tal situación, se dispuso en algunas provincias eclesiásticas el examen y corrección de los Misales, por personas competentes, y la redacción de un Misal para toda la provincia eclesiástica. Pero el programa no se llevó a cabo, porque las diócesis y provincias eran impotentes para arremeter la reforma. Se volvió a pedir un Misal y un Breviario para Occidente. En ellos se incluirían los propios de las diócesis. Otros optaban por la unidad de libros litúrgicos en cada nación²⁸. Por fin, el Concilio encomendó al Papa la reforma del Misal y del Breviario para toda la Iglesia de Occidente.

Nada se ha expuesto aquí de las formas litúrgicas propias de las distintas órdenes religiosas. Sí hay que hacer constar la adopción de la liturgia de la curia papal por los franciscanos, que colaboraron al establecimiento de la unidad litúrgica en Europa. También S. Ignacio, antes de que se unificara la liturgia de Occidente, deseaba que los jesuitas se acomodaran, en cuanto fuera

²⁵ Cf. J. RIVIERE, *La Messe durant le période de la Réforme et du Concile du Trente*: DTC 10, 1126.

²⁶ Cf. J. A. JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa*⁴ (BAC 68), Madrid 1963, 160.

²⁷ Cf. L. PASTOR, *Historia de los Papas XVI*, Barcelona 1929, 33, n.2.

^{27a} Sobre la proximidad y lejanía de Lutero respecto a la doctrina eucarística católica, puede verse el resumen de J. BROSEDER, *La aceptación de Lutero por parte católica*; Concilium n.118 (1976), 248s.

²⁸ Cf. JUNGSMANN, o.c. 162; NEUNHEUSER, a.c. 88.

posible, al rito romano. En dos pasajes de las Constituciones y uno del Examen trata de ltema y aduce los motivos de preferencia por el rito romano: pertenece a la Sede apostólica, es más universal y fomenta la unidad dentro de la Compañía²⁹.

Siguiendo las determinaciones del Concilio, S. Pío V prescribió prácticamente a toda la Iglesia de Occidente el Breviario y el Misal romano (a. 1568 y 1570 respectivamente). Antes de finalizar el siglo XVI se erigió la Congregación de Ritos para llevar a cabo la reforma litúrgica a toda la Iglesia de Occidente.

La reforma tridentina fue una restauración litúrgica llevada a cabo desde Roma. Pretendió volver «ad pristinam orandi regulam», «ad pristinam sanctorum Patrum normam», y pasar del caos reinante a la unidad «cum unum in Ecclesia Dei psallendi modum, unum missae celebrandae ritum esse maxime deceat». Trento miró también por la acción pastoral. Inculcó la catequesis oracional litúrgica «ex iis, quae in Missa leguntur», «para que no pasen hambre las ovejas de Cristo y haya quien parta el pan a los pequeños» (DS 1749). Si se hubiera llevado a cabo esta decisión, como también la exhortación a la Comunión frecuente, se hubiera evitado probablemente el parón litúrgico de los siglos posconciliares.

Como *apéndice* a Trento puede colocarse en este estudio, el período litúrgico postridentino. Fue un período de uniformidad litúrgica, regulado desde Roma, y de excesiva valoración de la rúbrica³⁰. No rompen esa unidad excepciones como las reliquias del culto hispano y ambrosiano en Toledo y Milán. Más le afectarían las liturgias locales de las diócesis francesas del XVIII. No entramos aquí en la valoración crítica, detallada, de la tarea de la Congregación de Ritos, supremo organismo litúrgico de este período, que llevó a cabo la unidad litúrgica de Occidente, contribuyó a la confusión entre acción litúrgica y ceremonial, y allanó el camino, sobre todo con Pío XII, a la reforma actual.

A partir del Vaticano II.—Si el período postridentino fue un mal apéndice de Trento, sin embargo, en su última parte (desde mediados del XIX), ofrece los primeros síntomas de la reactivación

²⁹ Cf. *Constituciones* P. IV, c.8, n.2 y P. VII, c.1, n.8: *Obras Completas* (BAC 86), 461 y 525. Cf. también *Exámen* c.5, n. 7: *ib.* 393.

³⁰ Cf. A. G. MARTIMORT, *L'Eglise en Prière*³ París 1965, 45 y vide 43-47. No se impuso la unificación en la celebración de los sacramentos, aun cuando se tendió a ella. Véase H. VINCK, *Un essai de centralisation de la législation liturgique à Vatican I: Quaestiones Liturgiques* 57 (1976) 99-117.

litúrgica del Vaticano II. *El movimiento litúrgico* fue una reacción a la deficiente situación litúrgica postridentina. Fue creativo en su espíritu. Pasó del redescubrimiento de los valores litúrgicos con Dom Guéranger a la participación en la liturgia redescubierta con Dom Beauvain y María Laach, para adentrarse por fin en la renovación teológica de la liturgia con Dom Casel y en la renovación pastoral después de la segunda guerra. En 1956 se afianzó la consigna pastoral en el Congreso de Asís y en el discurso de clausura por Pío XII. Los Papas, sobre todo Pío X y Pío XII apoyaron y encauzaron también el movimiento litúrgico. En el haber del primero se cuentan el deshielo de viejas y malas costumbres de lejanía eucarística con la promoción de la comunión y de la comunión de los niños, y la reforma de la música sagrada. En el haber del segundo la Carta Magna del movimiento litúrgico, la encíclica *Mediator Dei*, la reforma del ayuno eucarístico, las Misas vespertinas, los leccionarios y rituales bilingües, la restauración de la Vigilia Pascual y del Ordo Haebdomadae Sanctae, etc. El movimiento fue secundado perezosamente por los pastores y también impugnado sin razón y con razón (por los excesos primeros, propios de toda reacción). Fueron excepción las áreas de influencia de los centros litúrgicos de Francia, Bélgica, la Europa Central y, entre nosotros, Montserrat. Una brisa fina de creatividad impulsó al movimiento litúrgico, desde el «inspirado» redescubrimiento de los valores del culto, pasando por el despertar del sentido pastoral, hasta la renovación del Vaticano II. Como sus aciertos y equivocaciones desbordan en el Concilio y en el posconcilio, pasamos a este período, prologado por el movimiento litúrgico³¹

Con el Vaticano II se ha abierto un nuevo período en la historia de la liturgia. Primero se han renovado todos los libros litúrgicos. Y, después, se han adaptado al traducirlos (de la traducción de las cuatro plegarias eucarísticas oficiales a las principales lenguas europeas han salido unas doce plegarias distintas, aunque emparentadas³² y al ponerlos en práctica, conforme al amplio juego de opciones ofrecidas por los mismos. Se presenta pronto un rápido inventario de este ingente y acertado trabajo. Destaquemos,

³¹ Sobre el movimiento litúrgico puede verse J. A. JUNGSMANN, *El movimiento litúrgico*, en J. M. MARTÍN PATINO (ed.), *Liturgia hoy*, Madrid 1965, 3-15; O. ROUSSEAU, *Historia du mouvement liturgique* (Lex Orandi 3), París 1945; B. BOTTE, *Le mouvement liturgique*, Tournai 1974; B. NEUNHEUSER, *Odo Casel*: Riv. Lit. 60 (1973) 228-234.

³² Cf. A. M. TRIACCA, *Creatività eucologica: Motivazioni...*: Eph. Lit. 89 (1975) 109, n.17.

al menos, el paso a las lenguas vernáculas (demasiado drástico en España), la reforma del Leccionario, la inclusión de la liturgia de la Palabra en todas las celebraciones sacramentales, las nuevas plegarias eucarísticas que han puesto fin al monopolio secular del Canon Romano..., las nuevas Plegarias eucarísticas de niños, la Plegaria de la Reconciliación y las aprobadas a determinadas Conferencias Episcopales. No todo es del mismo valor en esta producción litúrgica. Quizá ni pastores ni fieles han sabido explotar las riquezas del cambio. Después del primer fogonazo de la reforma, unos y otros han caído en la rutina de siempre o se sienten defraudados y van en busca de nuevas formas litúrgicas. Sin embargo, sería injusto no valorar el cambio operado en la participación de los fieles. En esta rápida vista panorámica se ve que el espíritu de creatividad, se ha desarrollado en el Concilio y en el posconcilio en dependencia de él.

Pero en el posconcilio se ha ido mucho más lejos. Se han desarrollado también los quistes del movimiento litúrgico, las arbitrariedades y los pecados teológicos. Se han saltado los límites de adaptación ofrecidos por los libros litúrgicos. Un sociólogo, no católico, afirmaba en general del posconcilio que las aguas han desbordado y la inundación (¿beneficiosa? ¿demedoladora?) cubre a una buena parte de la Iglesia^{32a}. En liturgia sucede algo semejante. Se improvisa, se crean nuevos formularios (entre nosotros, se ofrecen más de doscientas plegarias eucarísticas en un libro de producción nacional), se implantan nuevos ritos como lecturas no bíblicas en sustitución de la Escritura, plegarias eucarísticas recitadas en común..., etc. No hay por qué hacer un inventario de lo que se conoce con más o menos exactitud. Como en otras situaciones, los Pastores supremos han levantado la voz. Una vez más, hace poco tiempo, Pablo VI, al hacer balance de la situación de la Iglesia, censuraba «con la misma firmeza» en el orden litúrgico a los que se empeñan en mantener la liturgia preconiliar como «a cuantos se consideran autorizados a crear su propia liturgia, reduciendo a veces el sacrificio de la Misa y los Sacramentos a una celebración de la propia vida o de la propia lucha, o bien al símbolo de su fraternidad»³³. Casi todas las Conferencias Episcopales se han visto obligadas a recordar la necesidad de obediencia litúrgica. En la

^{32a} Cf. P. BERGER, *Rumor de Angeles*, Barcelona 1975, 33.

³³ Cf. L'Osservatore Romano (edit. española) 20 mayo 1976, 4 (256).

«lex orandi» está en juego de forma peculiar la «lex credendi» y en ésta el mismo ser cristiano³⁴.

La proximidad del Vaticano II y la inmersión actual en el posconcilio obligan a tener en cuenta solamente los rasgos más salientes del período que se vive. Sobre esos datos ha de proyectarse la reflexión inspirada por el pasado.

Reflexión a partir de la historia.—La historia de la liturgia, en el punto que estudiamos, aparece entretejida por los hilos de la adaptación (bien usada y abusada), con la consiguiente pluriformidad (sana y enferma), y el fixismo (mayor o menor) con la consiguiente unidad (que en ocasiones degenera en uniformidad). De la relativa libertad y pluralidad de los primeros siglos se pasó a la formación de las unidades, que son las familias litúrgicas. De la multiplicidad de usos medievales se pasó a la unidad o uniformidad gestada en Trento, realizada por Pío V y la Congregación de Ritos. El puente entre la libertad y la norma, la pluriformidad y la unidad fue trazada por el imperativo cristiano de unidad en la fe y la comunión, vulnerado por las arbitrariedades litúrgicas.

Nuestro tiempo sucede a otro de uniformidad, por eso es de pluriformidad, fomentada, dentro de ciertos límites, por el Vaticano II y agudizada por el posconcilio. La pluriformidad viene provocada por el cansancio y las deficiencias de la uniformidad. Con los datos aportados por la historia tratemos de tomar con-

³⁴ Sobre el tema del Concilio y del posconcilio pueden verse B. BOTTE, *Bilan liturgique*: Notitiae 11 (1975) 88-93; A. BUGNINI, *Situación actual de la reforma litúrgica*: Phase 13 (1973) 495-504; *La riforma litúrgica conquista della Chiesa*: Notitiae 10 (1974) 126; *Dieci anni*: Notitiae 9 (1973) 395-399; A. G. MARTIMORE, *Bilancio della riforma litúrgica*, Milano 1974; P. FARNES, *El movimiento y la reforma litúrgica*: Phase 11 (1972) 149-156; J. ALDABAL, *La Eucaristía a los diez años de la Constitución de liturgia*: Phase 14 (1974) 229-241; *I sesant'anni di "Rivista Liturgica" nel decennale della "Sacrosanctum Concilium"*: Rivista Liturgica 61 (1974) n. 1; *Il decennale della "Sacrosanctum Concilium"*: Rivista Liturgica 60 (1973) 533-559; B. NEUNHEUSER, *Die klassische Liturgische Bewegung (1909-1963) und die nachkonziliare Liturgiereform*, en *Mélanges Liturgiques... Botte*, Louvain 1972, 401-416; *Sacrosanctum Concilium. Diez años después*: Phase 14 (1974) n.82; P. FERNÁNDEZ, *Diez años de renovación litúrgica*: Phase 14 (1974) 415-432; también los artículos de A. BUGNINI, R. POU y P. FARNES, en Phase 11 (1971) n.62; R. POU, *En crisis de pastoral litúrgica*: Phase 14 (1974) 471-489; F. X. AROZTEGUI, *Balances de estos diez años de reforma litúrgica*: Phase 14 (1974) 432-439.

Sobre el paso del latín a las lenguas vernáculas, puede verse: *La Maison-Dieu* n.86 (1966); sobre las nuevas plegarias eucarísticas: *Liturgisches Jahrbuch* 23 (1973), n.1 y nuestra obra, *Nuevas Eucaristías*, Bilbao 1969.

ciencia y postura ante el período que, se puede decir, acaba de comenzar.

1.º Nuestro tiempo se caracteriza por el movimiento interno de libertad que desemboca en la pluriformidad. La historia enseña que, dentro de ciertos límites y con un gran amor a la Tradición, que es amor a la fe, la libertad caracterizó los comienzos. Más aún, las primeras unidades formadas, las familias litúrgicas señaladas por la riqueza de su producción, mantuvieron el principio de la pluriformidad. Las adaptaciones de los libros romanos llevadas a cabo en el medioevo estuvieron bajo el mismo signo. Estos datos garantizan, a partir de la Tradición, la libertad con la consiguiente pluriformidad. Pero una libertad educada en el amor a la Tradición y a la fe, vínculo primero y último de la comunión eclesial. No una libertad que desconoce la Tradición y, en ocasiones, se precia de ello. No una libertad que no ama la fe. Un signo de esta falta de aprecio de la fe suele ser la equívoca contraposición entre fe y caridad con la consiguiente deformación de la fe —reducida a conocimiento— y de la caridad —reducida a proximidad afectiva, concesión de compromiso o sacrificio por la promoción humana.

Nada se dice en este trabajo del imperativo cristiano de obediencia en materia litúrgica a la autoridad. Ese imperativo viene urgido hoy por la misma autoridad, aunque no se ha mostrado fixista sino renovadora. Reclamado por la desorientación y la arbitrariedad en vigor en amplios ambientes. Exigido, hoy con más apremio que en los años pasados, por la fe y la comunión, que están en juego en los actos litúrgicos. Aquí, siguiendo la lógica de este estudio, nos limitamos a sacar las consecuencias de la teología y de los datos históricos presentados.

Por una parte la libertad y pluriformidad actuales vienen sancionadas por la Tradición eclesial, voz, sin duda, del Espíritu que conduce a la Iglesia. Y vienen también exigidas por el deber de la Iglesia actual de hacer penetrante en los fieles el sacramento de la oración de Cristo y del mismo Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, en las actuales circunstancias, parecen exigir:

— Siempre que los libros litúrgicos ofrecen campo a la elección y la inventiva, éstas se deben ejercitar. Por ejemplo, en la celebración de la Eucaristía, el sacerdote puede crear en unas diez ocasiones previstas para ayudar a participar a los fieles, sin contar la homilía, la selección de cantos, los espacios de silencio que puede y debe lograr. Estas y las siguientes observaciones se re-

fieren principalmente al sacerdote, responsable primero y último de la celebración. Las oportunidades ofrecidas por los libros litúrgicos se *deben* (no todas y siempre) utilizar, pues están en relación directa con la eficacia pastoral de la acción litúrgica. Más adelante, se expondrán las condiciones requeridas para su buena utilización.

— En circunstancias especiales, que no deben prodigarse, pueden ser convenientes adaptaciones no previstas en los libros litúrgicos. La celebración de la Eucaristía será el acto en el que con más frecuencia se presenten tales casos. Para no proceder arbitrariamente, pueden servir de orientación —mientras no se ofrezcan otras— las adaptaciones previstas en el *Directorio de la Misa con Niños*. Por ejemplo, la adaptación de las oraciones presidenciales (excluida la plegaria eucarística), pero «de forma que se conserve el fin y el contenido y se evite todo lo que sea ajeno al género literario de la oración presidencial, como las exhortaciones morales y un modo de hablar demasiado pueril» o vulgar (que no es lo mismo que popular)³⁵.

— *Sobre todo y habitualmente, se ha de ejercitar la creatividad al recrear el acto litúrgico tal y como está en los libros litúrgicos.* La celebración en conjunto y en sus partes ha de recrearse cada vez, como se recrea una partitura musical al ejecutarse con inspiración y no mecánicamente, o cambiando su contenido y forma. Se ha de lograr el ritmo adecuado de la celebración, su sentido oracional y, consiguientemente, su poder de penetración. Sobre este punto —el más importante para la creatividad tomada en serio— permítasenos una larga cita y de contenido muy logrado de Max Thurian:

«Para que una liturgia sea viva no es necesario cambiar y añadir palabras o inventar constantemente nuevos textos. Hoy se padece la enfermedad del cambio. Algunos piensan que el culto será tanto más adaptado y vivo cuanto más modifiquen la liturgia que les propone la Iglesia. Se invoca frecuentemente la necesidad de creatividad y espontaneidad. Cierto, la liturgia prevee momentos en los que puede ejercerse esa creatividad: la monición del comienzo del acto, la homilía, la oración universal (en parte). Pero no se olvide que esos momentos serán tanto más eficaces cuanto mejor estén previstos.

La liturgia es el bien de todo el pueblo cristiano. Exige el respeto que debemos tener a lo que se nos da. No puede ser confiada a la improvisación individual, perdería su carácter comunitario y universal.

³⁵ *Directorium de Missis cum pueris* 51: *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgiae* (Kaczinski), Roma 1976, 979.

Expresa la fe de la Iglesia. Imparte una enseñanza variada y completa. Aceptar una tradición litúrgica es disponerse a recibir una doctrina en su unidad fundamental.

Un cierto liberalismo protestante ha tenido experiencias muy malas que podrían ser útiles a otros. El deseo de espontaneidad y de improvisación ha conducido frecuentemente a forjar un nuevo formulismo. Se han proliferado liturgias individuales con la repetición de clichés propios de tal o cual persona. Estas reediciones, más pobres que la liturgia tradicional, terminan por cansar. Son causa de distracción. En ellas no se ora en comunidad, se escucha a ver qué se dice y en no pocas ocasiones se prevee de antemano.

Otro peligro es la formación de una élite de celebrantes: los que saben improvisar. *La liturgia ofrecida por la Iglesia es la riqueza de los pobres, de los que nunca sabrán hacer ellos lo que se debe y como se debe. Es preferible que todos se pongan a este nivel de pobreza para que sean enriquecidos, no por su creatividad personal sino por las creaciones de toda la Iglesia a través de la Tradición.*

La verdadera espontaneidad, la verdadera creación en una celebración consiste en prepararse para hacer vivir un texto, dando espíritu a la letra. Una orquesta y un solista no crean de nuevo un concierto, que lo han interpretado quizá decenas de veces. Pero sí se preparan largamente para darle vida. Y es ésta su interpretación, fiel al texto, la que expresa su espontaneidad, su creatividad»³⁶.

En seguida volveremos sobre este texto, al tratar de las condiciones requeridas para toda clase de creatividad.

— Por último, quienes se sientan capaces de creaciones de nuevo cuño, de nuevos formularios y nuevos ritos, han de aportar su colaboración a la Iglesia, pero no imponerla. Aportar su colaboración es ofrecer la propia producción a quienes tienen el deber de enriquecer y encauzar el culto de la Iglesia. Imponer la propia producción es utilizarla, sin más, en las reuniones litúrgicas, que no pertenecen en exclusiva al grupo o al sacerdote celebrante sino a toda la Iglesia.

Para unas y otras formas de creatividad litúrgica (las cuatro expuestas) se requieren:

hondura oracional,
comprensión del acto litúrgico,
sensibilidad pastoral,
comunicación de la propia experiencia.

Sin hondura oracional, no puede haber creatividad litúrgica.— Es presuntuoso que el no habituado a la familiaridad con Dios se

³⁶ F. MAX DE TAIZE, *La Liturgie vivante*, Notitiae 8 (1972) 159s.

jacte de crear en liturgia. Y el habituado a esa familiaridad preferirá habitualmente «la riqueza de los pobres... Es preferible que todos se pongan a este nivel de pobreza par aque sean enriquecidos, no por su creatividad personal, sino por las creaciones de toda la Iglesia a través de la Tradición». Estos harán nuevo el texto, dando espíritu a la letra.

San Juan de la Cruz, maestro en hondura oracional, escribe en la *Subida* que no se ha de «estribar en las invenciones de ceremonias que no usa ni tiene aprobadas la Iglesia católica... Y no quieran ellos usar nuevos modos, como si supiesen más que el Espíritu Santo y su Iglesia. Que si por esa sencillez no los oyere Dios crean que no los oirá aunque más invenciones hagan. Porque Dios es de manera que, si le llevan por bien y a su condición, harán de él cuanto quisieren; más si va sobre interés, no hay hablarle»³⁷.

Sin comprensión del acto litúrgico, no puede haber creatividad litúrgica.—Se creará un acto devocional o de impacto religioso, pero no algo que descubra la oración de la Iglesia. Esa comprensión nace de la mentalización en los contenidos y formas del culto eclesial. Si a alguien el Espíritu enseña a orar como conviene (cf. Rom 8,26), es a la Iglesia, al Cuerpo de Cristo reunido para orar. En el ámbito del estudio y la praxis de la oración de la Iglesia se ha de mentalizar el que intente aportar algo en liturgia. En esta mentalización se beben el amor a la Tradición y a la fe de la Iglesia, a su comprensión de Dios, el hombre y el mundo.

Sin sensibilidad pastoral, no es posible crear para los fieles.—Esa sensibilidad importa la acomodación de la liturgia a los fieles y de los fieles a la liturgia. La primera acomodación es obvia y comprende la vibración con los anhelos, las luchas y las satisfacciones de los fieles. Además, los fieles han de ser acomodados a la liturgia. La experiencia multiseccular de la Iglesia orante es insoslayable; el pastor de almas ha de educar a los fieles en la oración de la Iglesia. Se deforma la acción litúrgica y, consiguientemente, su pastoral, cuando sólo se acomoda la acción litúrgica a la situación de los fieles y no los fieles a la acción litúrgica. Sólo la primera acomodación rebaja la Palabra y la Acción de Dios a la medida del hombre, cuando es éste el que debe acercarse a la medida que le proponen la Palabra y el Sacramento.

Sin comunicación de la propia experiencia, la creación si existe, queda frustrada.—Aquí hay que notar respecto al responsable

³⁷ *Subida* 3,44: *Obras Completas* (ed. Simeón), Burgos 1950, 864.

primero y último de la celebración, el sacerdote, que ha de comunicarse con los fieles como persona orante. El devotamente recogido y ensimismado en la propia oración no es apto para presidir la acción litúrgica; aunque es preferible su actitud a la del hombre de recursos pero espiritualmente vacío. Tampoco es apto el charlatán, porque nada comunica. Ni el intimista que muestra su subjetividad, porque no comunica la Acción de Cristo y la Iglesia. Sólo el que hace partícipe a los demás de su propia sintonía con la oración eclesial es apto para la comunicación litúrgica. La comunicación se logra por la actitud de diálogo, que ha de ser interior, verbal y ha de afectar también a las acciones y gestos.

Al llegar aquí no se puede menos de formular la pregunta ¿son muchos los sacerdotes, responsables de la oración litúrgica, aptos para crear? ¿Qué calidad tienen las «creaciones» de las homilias y moniciones dejadas a la «inspiración» de sacerdotes y fieles? Con tales antecedentes ¿es honrado pedir en general libertad para crear? Se impone una actitud humilde de aprendizaje de la misma oración de la Iglesia en vez de manipularla según el propio talante. Y, además, hay que saber dedicar tiempo a la oración, al estudio y a la preparación del acto litúrgico. Así se podrán compensar las innatas deficiencias.

2.º Si nuestro tiempo se caracteriza por el movimiento interno de libertad que desemboca en el pluralismo, como se sugería más arriba, hay que reconocer también que se caracteriza por la anarquía litúrgica. También en este punto son claras las lecciones de la historia. El pluralismo condujo en la antigüedad y a lo largo de la Edad Media a grandes quiebras en la unidad de la fe y consiguientemente en la comunión. Luego los afanes de creatividad han de ser contrapesados por la conciencia clara de sus repercusiones en la fe y la comunión; y sobre todo, por la convicción de los valores de la oración actual de la Iglesia.

Esa oración viene, ante todo, dada (como los sacramentos) a cada comunidad y fiel^{37a}. Esa oración no queda, ante todo al ar-

^{37a} "Personalizar la liturgia de una comunidad será, a mi parecer, en *primer lugar*, recibir un don, o, mejor, entrar en algo que existe antes que yo y la comunidad celebrante. Si yo puedo celebrar el Misterio, es porque, de una manera u otra, el Misterio (sacramentalmente) existe ya. Yo penetro en él con mis hermanos creyentes y esta penetración en el don es y debe ser una personalización de la liturgia. Por esto, una liturgia personalizada será en primer lugar una liturgia recibida, acogida." P. HOUX, *Une liturgie personnalisée: Paroisse et Liturgie* 54 (1972) 484; cf. también ib.487 y 489. ¿Hasta qué punto choca esta actitud receptiva y acogedora con la fortísima tendencia de algunos a expresarse, ante todo, a expresar la propia subjetividad creyente en el acto litúrgico?

bitrio de los particulares, porque sólo es tal —es decir, oración de Cristo y la Iglesia— cuando ésta la hace suya por medio de los pastores—signos de Cristo—Cabeza. Cada grupo o fiel no se basta para decidir algo que le supera: el valor sacramental de un acto religioso. Por lo expuesto y cayendo en la cuenta de las implicaciones del juego litúrgico, creemos se deben eliminar sin ambigüedades:

— La improvisación, fuera de los casos inevitables («los imprevistos»). No es raro, sino lo más frecuente, que el improvisador caiga en la charlatanería y en los tópicos de *su* propio mundo de ideas y sentimientos. El recurso normal del improvisador a su interioridad mutila la oración de la Iglesia y en la confusión que caracteriza a nuestro momento no será difícil que deforme o vulnere la fe eclesial.

— Las frecuentes transformaciones (también omisiones y adiciones) de textos y acciones, porque son semejantes a las creaciones de nuevo cuño y perjudican seriamente la comunión eclesial. En el sacramento de la unidad (que es también toda acción litúrgica) hay que afirmar, siguiendo la línea agustiana³⁸, no te apartes del uso de tu Iglesia. Es un contrasentido, entre los que conviven en la misma Iglesia y con los mismos usos buscar la diferenciación precisamente en los momentos de unidad, aun cuando se mantenga el vínculo de la fe. La comunión entre los *hombres*, sobre todo, cuando viven próximos entre sí, se expresa, si se posee; no se posee, si no se expresa³⁹.

— Las creaciones (con más razón, sus remedos), sin control eclesial, porque la liturgia es el acto fundamental, original y terminal, de la vida de la Iglesia, que no puede quedar al arbitrio de los particulares, personas o grupos. La historia enseña que, cuando esto sucede, se degrada la fe y se mutila o rompe la unidad.

Más allá de las orientaciones aquí presentadas y de otras que se pueden ofrecer, aletea el espíritu del miembro de Cristo al participar en la oración de Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia. Este espíritu tiende más a expresarse en la *adhesión* que en la autoafirmación. Tiende, por lo tanto, a *recrear* en su adhesión el don que se le ofrece. Este espíritu, que descubre la riqueza de la oración

³⁸ Cf. *Ad inquisitionem Ianuarii* 2: CSEL 34,160.

³⁹ Cf. A. VERGOTE, *Larealisation symbolique dans l'expression culturelle*, La Maison-Dieu, n.111 (1972) 110-131.

de Cristo y la Iglesia, desapercibida para otros espíritus, sitúa al sacerdote y al fiel en la perspectiva adecuada para abordar los problemas de la liturgia de la Iglesia. Después de valorar y explotar las riquezas que existen, se puede señalar lo que falta y los caminos para conseguirlo. Ese espíritu marcha hacia la renovación de la liturgia de la Iglesia, empujado por la misma liturgia, no por sus propias invenciones.

La renovación litúrgica no está clausurada y nunca debiera quedar clausurada⁴⁰. Lo cual no significa una perpetua inestabilidad, pero sí que las reformas se han de renovar antes de que caduquen. La renovación es signo de vida y de interés por lo que se renueva. Pero sus caminos no son los elegidos por los particulares o por facciones eclesiales. Con frecuencia esos caminos desembocan en deformaciones o mutilaciones de la fe y la comunión, como lo atestigua la historia.

J. A. GOENAGA, S.J.

Facultad de Teología
Universidad de Deusto
Bilbao, 10 octubre 1976

⁴⁰ Cf. A. BUGNINI, *A la segunda Conferencia General del Episcopado Latino-americano*, tomado de C. BRAGA, *Un problema fondamentale...* Eph. Lit 89 (1975) 7.